

La señora realidad

El otro día, en el Paseo de Gracia, me abordó una gran señora de esas que llevan sombreros con flores y plumas y vestidos de tela gruesa, de colores tostados. Llevaba un paraguas en la mano y las gafas le bailaban encima de la nariz.

Se me acercó con paso decidido y me soltó a boca de jarro:

—¿Es usted ese señor que firma Pep Albanell y escribe esos cuentos tan... ¡hum!, tan fantásticos?

—Sí, señora.

—¿Y sabe usted que a los niños hay que respetarlos muchísimo?

—Sí, señora.

—¿Y usted respeta a los niños?

—Sí, señora.

—¡Pues no lo parece!

—Sí, señora.

—¡Ni sí señora ni nada, escritorzuelo de tres al cuarto! A los niños hay que decirles siempre la verdad. Se tiene que escribir la verdad. ¡La realidad! ¡Solo la realidad! ¡Y olvidarse de todas esas bobadas fantásticas que no hacen más que perjudicarlos y llenarles la cabeza de embustes y tonterías!

Y diciendo eso arrancó un trozo de la realidad que en aquel momento pasaba por la calle y me la echó encima.

El trozo de realidad era tan grande y pesado que me tiró al suelo y con el golpe me quedé sin resuello.

A la señora no le pareció suficiente y siguió arrancando trozos de realidad y tirándomelos a la cabeza. Me hizo unos cuantos cardenales de consideración.

Cuando se cansó de darme garrotazos —mejor dicho, «realitazos»—, mi cuerpo estaba lleno de magulladuras. Cogí los trozos de realidad que me había tirado y empecé a amasarlos lentamente con las manos.

La mujer se me quedó mirando con los ojos como platos. Por lo visto no se había enterado de

que la realidad que me echaba encima era modelable como la arcilla y que, como a la arcilla, había que humedecerla con un poco de imaginación.

Así pues, amasé aquellos trozos de realidad y los convertí en un unicornio volador y se lo regalé a los chicos de un colegio que en aquel momento pasaban por allí.

Los chicos se fueron más alegres que unas pascuas.

La señora resoplaba como el trombón de la banda municipal. Para consolarla, le pregunté:

—Dígame, señora: ¿es que acaso añora la ñora la señora del señor?

Ella, mirándome de una manera extraña, me contestó:

—No, señor, no añora la ñora la señora del señor.

—¡Ah! —dije—. Entonces no he dicho nada.

Me marché. Ella también. Iba murmurando:

—No hay nada que hacer. Estos escritores están locos, locos, locos, esos escritores.

Cosas que pasan

Una mañana se me atascó el despertador y no sonó. Cuando abrí los ojos eran ya las once y media: iba a llegar al trabajo con un retraso de padre y muy señor mío. Al querer vestirme precipitadamente metí las dos piernas en la misma pernera del pantalón y empecé a dar tirones hasta que me quedé con la mitad del pantalón en las manos y la otra mitad en los pies. Saqué otro pantalón del armario y me lo puse con todo cuidado, una pierna en cada pernera, la bragueta de cremallera en el medio, y la cerré de golpe, con un movimiento rápido y enérgico. Demasiado rápido y demasiado fuerte, porque se me subió la cremallera desde la bragueta a la garganta. Quiero decir que me quedé también con la cremallera en los dedos. Estuve dudando un buen rato si salir a la calle en calzoncillos o no. Al fin pensé que si quería llegar al tra-

bajo, aunque fuera con retraso, me convenía ponerme unos pantalones. En la tercera tentativa triunfé. El pantalón que me puse estaba viejo y remendado, pero hacía su papel. Con él puesto, y bien amarrado, corrí a la cocina. Con las prisas, no calculé bien y me di de cabeza contra el marco de la puerta. Tocándome el chichón, abrí la nevera tan torpemente que tiré todos los huevos de la huevera. Al ir a coger la leche, resbalé con el charco de huevo y me caí de culo al suelo, al mismo tiempo que la leche salía disparada hacia arriba y me caía encima como una lluvia de abril. Empapado de leche y con el culo chorreando huevo, decidí desayunar otro día. Bajé las escaleras más deprisa que nunca, pero de cabeza. Por lo visto, con las prisas y la confusión, había olvidado atarme los cordones de los zapatos y, al bajar el primer escalón, me los pisé. Pisarlos, caer y bajar de cabeza fue todo uno. A pesar de todo, llegué abajo sin romperme ningún hueso. Me hice unos cuantos cardenales y algún que otro arañazo, pero, así y todo, pensé que había tenido suerte, considerando la mala racha que arrastraba aquella maña-

na. Asomé la nariz a la calle un tanto temeroso, mientras murmuraba entre dientes:

—Ya solo falta que me caiga el Sol en la cabeza.

¡Antes lo hubiese dicho! Hacía un sol espléndido. Allí estaba, en el cielo, redondo y brillante. Pero, tan pronto como puse el pie fuera del portal de mi casa... ¡Plaff! El Sol se desprendió de la bóveda celeste y cayó veloz y lleno de malas intenciones. Pero, como yo ya estaba prevenido, no me pilló por sorpresa. Quiero decir, que di un salto de costado y así pude evitar que me sacudiera de lleno. De todas formas, me dio de refilón y me partió una oreja. Una oreja partida no es gran cosa. Lo peor de todo fue la oscuridad: en pleno mediodía, el mundo estaba más oscuro que una noche sin Luna. Muchas personas habían visto cómo el Sol caía directamente hacia mí y me hicieron responsable de la desgracia. Pero, al ver que me encontraba herido, con una oreja partida por dos sitios, me llevaron al hospital, donde me la cosieron a la luz de una vela y, acto seguido, me condujeron a la cárcel. Los periódicos, que solo podían leerse a la luz de una linterna, decían que las autoridades estaban

dispuestas a ser inflexibles conmigo, que se me pedirían daños y perjuicios y que me caería, como mínimo, una condena de varios años. ¡Y yo con los pantalones viejos, remendados y sucios de leche y huevo!

Sin embargo, tuve suerte. El consorcio de fabricantes y vendedores de velas, pilas, baterías, linternas, lámparas de butano y otros artilugios por el estilo, que hacían su agosto gracias a la caída del Sol sobre mi cabeza, me costearon el mejor abogado del mundo, el cual, con su extraordinaria verborrea legalista, aturdió al jurado y al tribunal de tal forma que, al terminar el juicio, no solo no me condenaron ni a un día de cárcel, sino que me declararon héroe mundial. Salí de la trena con bombo, platillos y una procesión de antorchas. Los del consorcio de la luz, no contentos con haberme liberado de la cárcel, se reunieron con toda urgencia y acordaron darme un porcentaje de los beneficios obtenidos con la oscuridad general e ininterrumpida y, además, contrataron al mejor escultor del momento para que me hiciera una estatua. El artista vino a verme a mi casa y me estu-

vo observando durante muchas horas. Al final dijo que yo no era muy *estatuagénico* y que una estatua de mi persona no quedaría nada bien. Sin embargo, se enamoró de mi oreja partida, la cual, a pesar de haber sido reparada, tenía una forma de lo más extraña. Así pues, hizo un monumento con una reproducción grandiosa, en piedra tallada, de mi oreja contrahecha. Era horrible. La gente, cuando pasaba junto a él, se persignaba y rezaba jaculatorias. Después de la inauguración del monumento, un representante del consorcio de la luz me entregó un enorme saco; estaba repleto de billetes de quinientos euros. Era mi parte de los beneficios. Al principio, yo no quería aceptar aquel montón inacabable de billetes, pesaba demasiado y me vería en un aprieto para llevarlo a casa. Pero el hombre dijo que se enfadarían si no lo aceptaba y, como yo no sé decir a nadie que no, cargué como pude con el saco y me lo llevé. Pasé días y días pensando qué iba a hacer con tanto dinero. Al fin, se me encendió la bombilla: contraté a todo un ejército de grúas, elevadores y otras máquinas por el estilo y, a base de cables, postes y poleas, consigui-

mos volver a izar el sol hasta el lugar donde le correspondía estar. Y volvió a ser de día. Los del consorcio me retiraron su amistad e hicieron gestiones para derribar el monumento. La amistad y la comisión sobre las ventas me las pudieron retirar, pero el monumento no consiguieron derribarlo. La gente ya se había acostumbrado a él. Además, se jugaba a adivinar qué representaba. Había contestaciones de todo tipo: desde quienes decían que era San Jorge cortándole el rabo al dragón, hasta los que afirmaban que era el presidente del Fútbol Club Barcelona haciendo unas declaraciones a la prensa. Se convocaron premios a las mejores interpretaciones del monumento y un editor muy listo hizo una selección y la publicó en forma de libro. Fue un gran éxito de venta: el mejor libro cómico del año. Entretanto, yo volví al trabajo. Llegué con unos cuantos meses de retraso. El encargado me esperaba con muy mala cara pero, cuando se lo expliqué todo, se mostró bastante comprensivo y solo me exigió que me cambiara los pantalones diciendo que daban asco. Y tenía razón.